

cejas, y que la cerraba sin meter dentro billete ni moneda alguna. Notó también el niño que al echar la firma, daba mi hombre un gran suspiro, y que después le miraba á él con profundísima compasión.

— Que usted lo pase bien — dijo Cadalsito cogiendo la carta; y el buen señor le puso la mano en la cabeza. Al despedirle, le dió dos perros grandes, añadiendo á su acción generosa estas magnánimas palabras: «Para que compres pasteles». Salió el chico tan agradecido... Pero por la escalera abajo le asaltó una idea triste: «Hoy no lleva nada la carta». Era, en efecto, la primera vez que salía de allí con la carta vacía. Era la primera vez que D. Francisco le daba perros á él, para su bolsillo privado y fomentar el vicio de comer bollos. En todo esto se fijó con la penetración que le daba la precoz experiencia de aquellos mensajes. «Pero ¡quién sabe! — dijo después con ideas sugeridas por su inocencia; — puede que le diga que le colocan mañana...»

Canelo, que ya estaba impaciente, se le unió en la puerta. Se pusieron ambos en camino, y en una pastelería de la calle de las Huertas compró Luis dos bollos de á diez céntimos. El perro se comió uno y Cadalsito el otro. Después, relamiéndose, apresuraron el paso, buscando la dirección más corta por el mismo laberinto de calles y plazuelas, desigualmente iluminadas y

concurridas. Aquí mucho gas, allí tinieblas; acá mucha gente; después soledad, figuras errantes. Pasaron por calles en que la gente, presurosa, apenas cabía; por otras en que vieron más mujeres que luces; por otras en que había más perros que personas.

III

Al entrar en la calle de la Puebla, iba ya Cadalsito tan fatigado que, para recobrar las fuerzas, se sentó en el escalón de una de las tres puertas con rejas que tiene en dicha calle el convento de Don Juan de Alarcón. Y lo mismo fué sentarse sobre la fría piedra, que sentirse acometido de un profundo sueño... Más bien era aquello como un desvanecimiento, no desconocido para el chiquillo, y que no se verificaba sin que él tuviera conciencia de los extraños síntomas precursores. «¡Contro! — pensó muy asustado, — me va á dar aquello... me va á dar, me da...» En efecto, á Cadalsito *le daba* de tiempo en tiempo una desazón singularísima, que empezaba con pesadez de cabeza, sopor, frío en el espinazo, y concluía con la pérdida de toda sensación y conocimiento. Aquella noche, en el breve tiempo transcurrido desde que se sintió desfallecer hasta que se le nublaron los sentidos, se acordó de un pobre que solía pedir

limosna en aquel mismo escalón en que él estaba. Era un ciego muy viejo, con la barba cana, larga y amarillenta, envuelto en parda capa de luengos pliegues, remendada y sucia, la cabeza blanca, descubierta, y el sombrero en la mano, pidiendo sólo con la actitud y sin mover los labios. Á Luis le infundía respeto la venerable figura del mendigo, y solía echarle en el sombrero algún céntimo, cuando lo tenía de sobra, lo que sucedía muy contadas veces.

Pues como iba diciendo, cayó el pequeño en su letargo, inclinando la cabeza sobre el pecho, y entonces vió que no estaba solo. Á su lado se sentaba una persona mayor. ¿Era el ciego? Por un instante creyó Luis que sí, porque tenía barba espesa y blanca, y cubría su cuerpo con una capa ó manto... Aquí empezó Cadalso á observar las diferencias y semejanzas entre el pobre y la persona mayor, pues ésta veía y miraba y sus ojos eran como estrellas, al paso que la nariz, la boca y frente eran idénticas á las del mendigo, la barba del mismo tamaño, aunque más blanca, muchísimo más blanca. Pues la capa era igual y también diferente; se parecía en los anchos pliegues, en la manera de estar el sujeto envuelto en ella; discrepaba en el color, que Cadalso no podía definir. ¿Era blanco, azul ó qué demonches de color era aquél? Tenía sombras muy suaves, por entre las cuales se deslizaban reflejos luminosos como los

que se filtran por los huecos de las nubes. Luis pensó que nunca había visto tela tan bonita como aquella. De entre los pliegues sacó el sujeto una mano blanca, preciosísima. Tampoco había visto nunca Luis mano semejante, fuerte y membruda como la de los hombres, blanca y fina como la de las señoras... El sujeto aquél, mirándole con paternal benevolencia, le dijo: — ¿No me conoces? ¿No sabes quién soy?

Luisito le miró mucho. Su cortedad de genio le impedía responder. Entonces el señor misterioso, sonriendo como los obispos cuando bendicen, le dijo: — Yo soy Dios. ¿No me habías conocido?

Cadalso sintió entonces, además de la cortedad, miedo, y apenas podía respirar. Quiso envalentonarse mostrándose incrédulo, y con gran esfuerzo de voz pudo decir: — ¿Usted Dios, usted?... Ya quisiera...

Y la aparición, pues tal nombre se le debe dar, indulgente con la incredulidad del buen Cadalso, acentuó más la sonrisa cariñosa, insistiendo en lo dicho: — Sí, soy Dios. Parece que estás asustado. No me tengas miedo. Si yo te quiero, te quiero mucho...

Luis empezó á perder el miedo. Se sentía conmovido y con ganas de llorar.

— Ya sé de dónde vienes — prosiguió la aparición. — El señor de Cucúrbitas no os ha dado nada esta noche. Hijo, no siempre se puede. Lo que

él dice, ¡hay tantas necesidades que remediar!...

Cadalsito dió un gran suspiro para activar su respiración, y contemplaba al hermoso anciano, el cual, sentado, apoyando el codo en la rodilla y la barba resplandeciente en la mano, ladeaba la cabeza para mirar al chiquitín, dando, al parecer, mucha importancia á la conversaci6n que con él sostenía: — Es preciso que tú y los tuyos tengáis paciencia, amigo Cadalsito, mucha paciencia.

Luis suspiró con más fuerza, y sintiendo su alma libre de miedo y al propio tiempo llena de iniciativas, se arrancó á decir esto: — ¿Y cuándo colocan á mi abuelo?

La excelsa persona que con Luisito hablaba dejó un momentó de mirar á éste, y fijando sus ojos en el suelo, parecía meditar. Después volvió á encararse con el pequeño, y suspirando, ¡también él suspiraba!, pronunció estas graves palabras: — Hazte cargo de las cosas. Para cada vacante hay doscientos pretendientes. Los Ministros se vuelven locos y no saben á quién contentar. Tienen tantos compromisos, que no sé yo cómo viven los pobres. Paciencia, hijo, paciencia, que ya os caerá la credencial cuando salte una ocasi6n favorable... Por mi parte, haré también algo por tu abuelo... ¡Qué triste se va á poner esta noche cuando reciba esa carta! Cuidado no la pierdas. Tú eres un buen chico. Pero es preciso que estudies algo más. Hoy no

te supiste la lección de Gramática. Dijiste tantos disparates, que la clase toda se reía, y con muchísima razón. ¿Qué vena te dió de decir que el *participio expresa la idea del verbo en abstracto*? Lo confundiste con el *gerundio*, y luego hiciste una ensalada de los *modos* con los *tiempos*. Es que no te fijas, y cuando estudias estás pensando en las musarañas...

Cadalsito se puso muy colorado, y metiendo sus dos manos entre las rodillas, se las apretó.

— No basta que seas formal en clase; es menester que estudies, que te fijes en lo que lees y lo retengas bien. Si no, andamos mal; me enfado contigo, y no vengas luego diciéndome que por qué no colocan á tu abuelo... Y así como te digo esto, te digo también que tienes razón en quejarte de *Poshuritas*. Es un ordinario, un mal criado, y ya le restregaré yo una guindilla en la lengua cuando vuelva á decirte *Miau*. Por supuesto que esto de los motes debe llevarse con paciencia; y cuando te digan *Miau*, tú te callas y aguantas. Cosas peores te pudieran decir.

Cadalsito estaba muy agradecido, y aunque sabía que Dios está en todas partes, se admiraba de que estuviese tan bien enterado de lo que en la escuela ocurría. Después se lanzó á decir:

— ¡Contro, si yo le cojo!...

— Mira, amigo Cadalso — le dijo su interlocutor con paternal severidad, — no te las eches de

matón, que tú no sirves para pelearte con tus compañeros. Son ellos muy brutos. ¿Sabes lo que haces? Cuando te digan *Miau*, se lo cuentas al maestro, y verás como éste pone á *Posturitas* en cruz media hora.

— Vaya que si lo pone... y aunque sea una hora.

— Ese nombre de *Miau* se lo encajaron á tu abuela y tías en el paraíso del Real, es á saber, porque parecen propiamente tres gatitos. Es que son ellas muy relamidas. El mote tiene gracia.

Sintió Luis herida su dignidad; pero no dijo nada.

— Ya sé que esta noche van también al Real — añadió la aparición. — Hace un rato les ha llevado ese Ponce los billetes. ¿Por qué no les dices tú que te lleven? Te gustaría mucho la ópera. ¡Si vieras qué bonita es!

— No me quieren llevar... ¡bah!... (desconsoladísimo). Dígaselo usted.

Aun cuando á Dios se le dice *tú* en los rezos, á Luis le parecía irreverente, *cara á cara*, tratamiento tan familiar.

— ¿Yo? No quiero meterme en eso. Además, esta noche han de estar todos de muy mal temple. ¡Pobre abuelito tuyo! Cuando abra la carta... ¿La has perdido?

— No, señor, la tengo aquí — dijo Cadalso, sacándola. — ¿La quiere usted leer?

— No, tontín. Si ya sé lo que dice... Tu abuelo pasará un mal rato; pero que se conforme. Están los tiempos muy malos, muy malos...

La excelsa imagen repitió dos ó tres veces el *muy malos*, moviendo la cabeza con expresión de tristeza; y desvaneciéndose en un instante, desapareció. Luis se restregaba los ojos, se reconocía despierto y reconocía la calle. Enfrente vió la tienda de cestas en cuya muestra había dos cabezas de toro, con jeta y cuernos de mimbre; juguete predilecto de los chicos de Madrid. Reconoció también la tienda de vinos, el escaparate con botellas; vió en los transeuntes *personas naturales*, y á *Canelo*, que á su lado seguía, le tuvo por verídico perro. Volvió á mirar á su lado buscando un rastro de la maravillosa visión, pero no había nada. «Es que me dió *aquello* — pensó Cadalso, no sabiendo definir lo que le daba; — pero me ha dado de otra manera». Cuando se levantó tenía las piernas tan débiles, que apenas se podía sostener sobre ellas. Se palpó la ropa, temiendo haber perdido la carta; pero la carta seguía en su sitio. ¡Control!, otras veces le había dado aquel desmayo, pero nunca había visto personajes tan... tan... no sabía cómo decirlo. Y que le vió y le habló, no tenía duda. ¡Vaya con el *Señorón* aquél!... ¡Si sería el Padre Eterno en *vida natural*!... ¡Si sería el anciano ciego que le quería dar un bromazo!...

Pensando de este modo, dirigióse Luis á su

casa con toda la prisa que la flojedad de sus piernas le permitía. La cabeza se le iba, y el frío del espinazo no se le quitaba andando. *Canelo* parecía muy preocupado... ¡Si habría visto también algo!... ¡Lástima que no pudiese hablar para que atestiguara la verdad de la visión maravillosa! Porque Luis recordaba que, durante el coloquio, Dios acarició dos ó tres veces la cabeza de *Canelo*, y que éste le miraba sacando mucho la lengua... Luego *Canelo* podría dar fe...

Llegó por fin á su casa, y como le sintieran subir, Abelarda le abrió la puerta antes de que llamara. Su abuelo salió ansioso á recibirle, y el niño, sin decir una palabra, puso en sus manos la carta. Don Ramón fué hacia el despacho, palpándola antes de abrirla, y en el mismo instante doña Pura llamó á Luis para que fuera á comer, pues la familia estaba ya concluyendo. No le habían esperado porque tardaba mucho, y las señoras tenían que irse al teatro de prisa y corriendo, para coger un buen puesto en el paraíso antes de que se agolpara la gente. En dos platos tapados, uno sobre otro, le habían guardado al nieto su sopa y cocido, que estaban ya fríos cuando llegó á catarlos; mas como su hambre era tanta, no reparó en la temperatuna.

Estaba doña Pura atando al pescuezo de su nieto la servilleta de tres semanas, cuando en-

tró Villaamil á comer el postre. Su cara tomaba expresión de ferocidad sañguinaria en las ocasiones aflictivas, y aquel bendito, incapaz de matar una mosca, cuando le amargaba una pesadumbre parecía tener entre los dientes carne humana cruda, sazónada con acíbar en vez de sal. Sólo con mirarle comprendió doña Pura que la carta había venido *in albis*. El infeliz hombre empezó á quitar maquinalmente las cáscaras á dos nueces resecas que en el plato tenía. Su cuñada y su hija le miraban también, leyendo en su cara de tigre caduco y veterano la pena que interiormente le devoraba. Por poner una nota alegre en cuadro tan triste, Abelarda soltó esta frase: — Ha dicho Ponce que la ovación de esta noche será para la Pellegrini.

— Me parece una injusticia — afirmó doña Pura con sus cinco sentidos — que se quiera humillar á la Scolpi Rolla, que canta su parte de Amneris muy á conciencia. Verdad que sus éxitos los debe más al buen palmito y á que enseña las piernas. Pero la Pellegrini con tantos humos no es ninguna cosa del otro jueves.

— Calla, mujer — indicó Milagros doctoralmente. — Mira que la otra noche *dijo el fuggi fuggi, tu sei perduto* como no lo hemos oído desde los tiempos de Rossina Penco. No tiene más sino que bracea demasiado, y, francamente, la ópera es para cantar bien, no para hacer gestos.

— Pero no nos descuidemos — dijo Pura. —

En noches así, el que se descuida se queda en la escalera.

— ¡Quiá!... ¿Pero no creéis que Guillén ó los chicos de Medicina nos guardarán los asientos?

— No hay que fiar... Vámonos, no nos pase lo de la otra noche, ¡Dios mío!, que si no es por aquellos muchachos tan finos, los de Farmacia, ¿sabes?, nos quedamos en la puerta como unas pasmarotas.

Villaamil, que nada de esto oía, se comió un higo pasado, creo que tragándolo entero, y fué hacia su despacho con paso decidido, como quien va á hacer una atrocidad. Su mujer le siguió, y cariñosa le dijo: — ¿Qué hay? ¿Es que esa nulidad no te ha mandado nada?

— Cero — replicó Villaamil con voz que parecía salir del centro de la tierra. — Lo que yo te decía, se ha cansado. No se puede abusar un día y otro día... Me ha hecho tantos favores, tantos, que pedir más es temeridad. ¡Cuánto siento haberle escrito hoy!

— ¡Bandido! — exclamó iracunda la señora, que solía dar esta denominación y otras peores á los amigos que se ladeaban para evitar el sablazo.

— Bandido no — declaró Villaamil, que ni en los momentos de mayor tribulación se permitía ultrajar al *contribuyente*. — Es que no siempre se está en disposición de socorrer al prójimo. Bandido, no. Lo que es ideas no las tiene ni las ha tenido nunca; pero eso no quita que sea uno

de los hombres más honrados que hay en la Administración.

— Pues no será tanto (con enfado impertinente), cuando le luce el pelo como le luce. Acuérdate de cuando fué compañero tuyo en la Contaduría Central. Era el más bruto de la oficina. Ya se sabía; descubierta una barbaridad, todos decían: «Cucúrbitas». Después, ni un día cesante, y siempre para arriba. ¿Qué quiere decir esto? Que será muy bruto, pero que entiende mejor que tú la aguja de marear. ¿Y crees que no se hace pagar á tocateja el despacho de los expedientes?

— Cállate, mujer.

— ¡Inocente!... Ahí tienes por lo que estás como estás, olvidado y en la miseria; por no tener ni pizca de trastienda y ser tan devoto de *San Escrúpulo bendito*. Créeme, eso ya no es honradez, es sosería y necedad. Mírate en el espejo de Cucúrbitas; él será todo lo melón que se quiera, pero verás cómo llega á Director, quizás á Ministro. Tú no serás nunca nada, y si te colocan, te darán un pedazo de pan, y siempre estaremos lo mismo (acalorándose). Todo por tus gazmoñerías, porque no te haces valer, porque *fray modesto* ya sabes que no llegó nunca á ser guardián. Yo que tú, me iría á un periódico y empezaría á vomitar todas las picardías que sé de la Administración, los enjuagues que han hecho muchos que hoy están en candelero. Eso,

cantar claro, y caiga el que caiga... desenmascarar á tanto pilló... Ahí duele. ¡Ah! entonces verías cómo les faltaba tiempo para colocarte; verías cómo el Director mismo entraba aquí, sombrero en mano, á suplicarte que aceptaras la credencial.

— Mamá, que es tarde — dijo Abelarda desde la puerta, poniéndose la toquilla.

— Ya voy. Con tantos remilgos, con tantos miramientos como tú tienes, con eso de llamarles á todos *dignísimos*, y ser tan delicado y tan de ley que estás siempre montado al aire como los brillantes, lo que consigues es que te tengan por un cualquiera. Pues sí (alzando el grito), tú debías ser ya Director, como esa es luz, y no lo eres por mandria, por apocado, porque no sirves para nada, vamos, y no sabes vivir. No; si con lamentos y con suspiros no te van á dar lo que pretendes. Las credenciales, señor mío, son para los que se las ganan enseñando los colmillos. Eres inofensivo, no muerdes, ni siquiera ladras, y todos se ríen de ti. Dicen: «¡Ah, Villaamil, qué honradísimo es! ¡Oh! el empleado *probo*...» Yo, cuando me enseñan un *probo*, le miro á ver si tiene los codos de fuera. En fin, que te caes de honrado: Decir honrado; á veces es como decir fiñoño. Y no es eso, no es eso. Se puede tener toda la integridad que Dios manda, y ser un hombre que mire por sí y por su familia...

— Déjame en paz — murmuró Villaamil des-

alentado, sentándose en una silla y derrengándola.

— Mamá — repetía la señorita, impaciente.

— Ya voy, ya voy.

— Yo no puedo ser sino como Dios me ha hecho — declaró el infeliz cesante. — Pero ahora no se trata de que yo sea así ó asado; trátase del pan de cada día, del pan de mañana. Estamos como queremos, sí... Tenemos cerrado el horizonte por todas partes. Mañana...

— Dios no nos abandonará — dijo Pura intentando robustecer su ánimo con esfuerzos de esperanza, que parecían pataleos de naufrago. — Estoy tan acostumbrada á la escasez, que la abundancia me sorprendería y hasta me asustaría... Mañana...

No acabó la frase ni aun con el pensamiento. Su hija y su hermana le daban tanta prisa, que se arregló apresuradamente. Al envolverse en la cabeza la toquilla azul, dió esta orden á su marido: «Acuesta al niño. Si no quiere estudiar, que no estudie. Bastante tiene que hacer el pobrecito, porque mañana supongo que saldrá á repartirte dos arrobas de cartas».

El buen Villaamil sintió un gran alivio en su alma cuando las vió salir. Mejor que su familia le acompañaba su propia pena, y se entretendía y consolaba con ella mejor que con las palabras de su mujer, porque su pena, si le oprimía el corazón, no le arañaba la cara, y doña

Pura, al cuestionar con él, era toda pico y uñas toda.

IV

Cadalsito estaba en el comedor, sentado á la mesa, los codos sobre ella, los libros delante. Éstos eran tantos, que el escolar se sentía orgulloso de ponerlos en fila, y parecía que les pasaba revista, como un general á sus unidades tácticas. Estaban los infelices tan estropeados, cual si hubieran servido de proyectiles en furioso combate; las hojas retorcidas, los picos de las cubiertas doblados ó rotos, la pasta con pegajosa mugre. Pero no faltaba á ninguno, en la primera hoja, una inscripción en letra vacilante que declaraba la propiedad de la finca, pues sería en verdad muy sensible que no se supiera que pertenecían exclusivamente á Luis Cadalso y Villaamil. Éste cogía uno cualquiera, á la suerte, á ver lo que salía. ¡Contro, siempre salía la condenada Gramática!... Abría-la con prevención y veía las letras hormiguear sobre el papel iluminado por la luz de la lámpara colgante. Parecían mosquitos revoloteando en un rayo de sol. Cadalso leía algunos renglones. «¿Qué es adverbio?» Las letras de la respuesta eran las que se habían propuesto no dejarse leer, corriendo y saltando de una margen á otra. Total, que el adverbio debía de ser una

cosa muy buena; pero Cadalsito no lograba enterarse de ello claramente. Después leía páginas enteras, sin que el sentido de ellas penetrara en su espíritu, que no se había desprendido aún del asombro de la visión; ni se le había quitado el malestar del cuerpo, á pesar de haber comido con tanta gana; y como notase que al fijar la atención en el libro se ponía peor, tuvo por buen remedio el ir doblando una á una las puntas de las hojas de la Gramática, hasta dejar el pobre libro rizado como una escarola.

En esto estaba cuando sintió que su abuelo salía del despacho. Se le había apagado la luz por falta de petróleo, y aunque no escribía, la obscuridad le lanzó de su guarida hacia el comedor. En éste y en el pasillo se paseó un rato el infeliz hombre, excitadísimo, hablando solo y dando algunos tropezones, porque la desigual y en algunos puntos agujereada estera no permitía el paso franco por aquellas regiones.

Otras noches que se quedaban solos abuelo y nieto, aquél le tomaba las lecciones, repitiéndoselas y fijándoselas en la memoria. Aquella noche, Villaamil no estaba para lecciones, lo que agradeció mucho el pequeño, quien por el bien parecer empezó á desdoblar las hojas del martirizado texto, planchándolas con la palma de la mano. Poco después, el mismo libro fué blando cojín para su cabeza, fatigada de estudios y vi-

34066

siones, y dejándola caer se quedó dormido sobre la definición del adverbio.

Villaamil decía: «Esto ya es demasiado, Señor Todopoderoso. ¿Qué he hecho yo para que me trates así? ¿Por qué no me colocan? ¿Por qué me abandonan hasta los amigos en quienes más confiaba?» Tan pronto se abatía el ánimo del cesante sin ventura, como se inflamaba, suponiéndose perseguido por ocultos enemigos que le habían jurado rencor eterno. «¿Quién será, pero quién será el danzante que me hace la guerra? Algún ingrato, quizás, que me debe su carrera». Para mayor desconsuelo, se le representaba entonces toda su vida administrativa, carrera lenta y honrosa en la Península y Ultramar, desde que entró á servir allá por el año 41 y cuando tenía veinticuatro de edad (siendo Ministro de Hacienda el Sr. Surrá). Poco tiempo había estado cesante antes de la terrible crujía en que le encontramos: cuatro meses en tiempo de Bertrán de Lis, once durante el bienio, tres y medio en tiempo de Salaverría. Después de la Revolución pasó á Cuba y luego á Filipinas, de donde le echó la disentería. En fin, que había cumplido sesenta años, y los de servicio, bien sumados, eran treinta y cuatro y diez meses. Le faltaban dos para jubilarse con los cuatro quintos del sueldo regulador, que era el de su destino más alto, Jefe de Administración de tercera. «¡Qué mundo éste!

¡Cuánta injusticia! ¡Y luego no quieren que haya revoluciones!... No pido más que los dos meses, para jubilarme con los cuatro quintos, sí, señor...» En lo más vivo de su soliloquio, vaciló y fué á chocar contra la puerta, repercutiendo al punto para dar con su cuerpo en el borde de la mesa, que se estremeció toda. Despertando sobresaltado, oyó Luis á su abuelo pronunciar claramente al incorporarse estas palabras, que le parecieron lo más terrorífico que había oído en su vida: «...¡con arreglo á la ley de Presupuestos del 35, modificada el 65 y el 68!»

— ¿Qué, papá? — dijo espantado.

— Nada, hijo; esto no va contigo. Duérmete. ¿No tienes ganas de estudiar? Haces bien. ¿Para qué sirve el estudio? Mientras más burro sea el hombre, mientras más pillo, mejor carrera hace... Vamos, á la cama, que es tarde.

Villaamil buscó y halló una palmatoria, mas no le fué tan fácil encontrar vela que encender en ella. Por fin, revolviendo mucho, descubrió unos cabos en la mesa de noche de Pura, y encendido uno de ellos, se dispuso á acostar al niño. Éste dormía en la alcoba de Milagros, que estaba en el mismo comedor. Había en aquella pieza un tocador del tiempo de *vivan las caenas*, una cómoda jubilada con los cuatro quintos de su cajonería, varios baúles y las dos camas. En toda la casa, á excepción de la sala, que estaba puesta con relativa elegancia, se re-

velaba la escasez, el abandono y esa ruina lenta que resulta del no reparar lo que el tiempo desluzca y estraga.

Empezó el abuelo á desnudar á su nieto, y le decía: «Sí, hijo mío, bienaventurados los brutos, porque de ellos es el reino... de la Administración». Y le desabrochaba la chaqueta, y le tiraba de las mangas con tanta fuerza, que á poco más se cae el chico al suelo. «Hijo mío, ve aprendiendo, ve aprendiendo para cuando seas hombre. Del que está caído nadie se acuerda, y lo que hacen es patearle y destrozarle para que no se pueda levantar... Figúrate tú que yo debiera ser Jefe de Administración de segunda, pues ahora me tocaría ascender con arreglo á la ley de Cánovas del 76, y aquí me tienes pecoreando... Llueven recomendaciones sobre el Ministro, y nada... Se le dice: «Vea usted los antecedentes», y nada. ¿Tú crees que él se cuida de examinar mis antecedentes? Pues si lo hiciera... Todo se vuelve promesas, aplazamientos; que espera una ocasión favorable; que ha tomado nota preferente... En fin, las pamplinas que usan para salir del paso... Yo, que he servido siempre lealmente, que he trabajado como un negro; yo que no he dado el más ligero disgusto á mis jefes...; yo, que estando en la Secretaría, allá por el 52, le caí en gracia á don Juan Bravo Murillo, que me llamó un día á su despacho y me dijo... lo que callo por modestia...

¡Ah! si aquel grande hombre levantara la cabeza y me viera cesante... Yo, que el 55 hice un plan de presupuestos que mereció los elogios del Sr. D. Pascual Madoz y del Sr. D. Juan Bruil, plan que en veinte años de meditaciones he rehecho después, explanándolo en cuatro memorias que ahí tengo! Y no es cosa de broma. Supresión de todas las contribuciones actuales, substituyéndolas con el *income tax*... ¡Ah, el *income tax*! Es el sueño de toda mi vida, el objeto de tantísimos estudios y el resultado de una larga experiencia... No lo quieren comprender y así está el país... cada día más perdido, más pobre, y todas las fuentes de riqueza secándose que es un dolor... Yo lo sostengo: el impuesto único, basado en la buena fe, en la emulación y en el amor propio del contribuyente, es el remedio mejor de la miseria pública. Luego, la renta de Aduanas, bien reforzada, con los derechos muy altos para proteger la industria nacional... Y por último, la unificación de las Deudas, reduciéndolas á un tipo de emisión y á un tipo de interés...» Al llegar aquí, tiró Villaamil con tanta fuerza de los pantalones de Luis, que el niño lanzó un ¡ay! diciendo: «Abuelo, que me arrancas las piernas». A lo que el irritado viejo contestó secamente: «Por fuerza tiene que haber un enemigo oculto, algún trasto que se ha propuesto hundirme, deshonorarme...»

Por fin quedó Luis acostado. Había costumbre de no apagarle la luz hasta mucho después de dormido, porque le daban pesadillas, y despertándose con sobresalto se espantaba de la obscuridad. En vista de que el primer cabo de vela se apagaba, encendió otro el abuelo, y sentándose junto á la cómoda, se puso á leer *La Correspondencia*, que acababan de echar por debajo de la puerta. En su febril trastorno, el desventurado buscaba ansioso las noticias de personal, y por una fatal puntería de su espíritu, encontraba al instante las noticias malas. «Ha sido nombrado oficial primero en la Dirección de Impuestos el Sr. Montes... Real decreto concediendo á D. Basilio Andrés de la Caña los honores de Jefe superior de Administración». «Esto es escandaloso, esto es el *delirium tremens* del polaquismo. Ni en las kabilas de África pasa esto. ¡Pobre país, pobre España!... Se ponen los pelos de punta pensando lo que va á venir aquí con este desbarajuste administrativo... Es buena persona Basilio; ¡pero si ayer, como quien dice, le tuve de oficial cuarto á mis órdenes!...» Tras de la pena venía la esperanza. «Pronto se hará la combinación de personal con arreglo á la nueva plantilla de la Dirección de Contribuciones. Dícese que serán colocados varios funcionarios inteligentes que hoy se hallan cesantes».

Las miradas de Villaamil bailaron un instante sobre el papel, de letra en letra. Los ojos

se le humedecieron. ¿Iría él en aquella combinación? Cabalmente, los amigos que le recomendaban al Ministro en aquella campaña fatigosa, proponíanle para la próxima hornada. «¡Dios mío, si iré en esa bendita combinación! ¿Y cuándo será? Me dijo Pantoja que sería cosa de tres ó cuatro días».

Y como la esperanza reanimaba todo su ser dándole un inquieto hormiguelo, lanzóse al dédalo obscuro de los pasillos. «La combinación... la plantilla nueva... dar entrada á los funcionarios inteligentes, y además de inteligentes, digo yo, identificados con... ¡Dios mío! inspírales, mete todas tus luces dentro de esas molleras... que vean claro... que se fijen en mí; que se enteren de mis antecedentes. Si se enteran de ellos, no hay cuestión; me nombran... ¿Me nombrarán? No sé qué voz secreta me dice que sí. Tengo esperanza. No, no quiero consentirme ni entusiasmarme. Vale más que seamos pesimistas, muy pesimistas, para que luego resulte lo contrario de lo que se teme. Observo yo que cuando uno espera confiado, ¡pum! viene el batacazo. Ello es que siempre nos equivocamos. Lo mejor es no esperar nada, verlo todo negro, negro como boca de lobo, y entonces, de repente, ¡pum!... la luz... Sí, Ramón, figúrate que no te dan nada, que no hay para ti esperanza, á ver si creyéndolo así, viene la contraria... Porque yo he observado que siempre sale la con-

traría... Y en tanto, mañana moveré todas mis teclas, y escribiré á unos amigos y veré á otros, y el Ministro... ante tantas recomendaciones... ¡Dios mío! ¡qué idea! ¿no sería bueno que yo mismo escribiese al Ministro?...»

Al decir esto, volvió maquinalmente á donde Cadalsito dormía, y, contemplándole, pensó en las caminatas que tenía que dar al día siguiente para repartir la correspondencia. Cómo se encadenó esto con las imágenes que en el cerebro del niño determinaba el sueño, no puede saberse; pero ello es que mientras su abuelo le miraba, Luis, ya profundamente dormido, estaba viendo al mismo sujeto de barba blanca; y lo más particular es que le veía sentado delante de un pupitre en el cual había tantas, tantísimas cartas, que no bajaban, según Cadalsito, de un par de cuatrillones. El Señor escribía con una letra que á Luis le parecía la más perfecta cursiva que se pudiera imaginar. Ni don Celedonio, el maestro de su escuela, la haría mejor. Concluída cada carta, la metía el Padre Eterno en un sobre más blanco que la nieve, lo acercaba á su boca, sacaba de ésta un buen pedazo de lengua fina y rosada, para humedecer con rápido pase la goma; cerraba, y volviendo á coger la pluma, que era, ¡cosa más rara!, la de Mendizábal, y mojada, por más señas, en el mismo tintero, se disponía á escribir la dirección. Mirando por encima del hombro, Luisito

creyó ver que aquella mano inmortal trazaba sobre el papel lo siguiente :

B. P. M.

*Al Excmo. Sr. Ministro de Hacienda,
cualquiera que sea,*

su seguro servidor,

Dios.

V

Aquella noche no durmió Villaamil ni un cuarto de hora seguido. Se aletargaba un instante; pero la idea de la combinación próxima, el criterio pesimista que se había impuesto, poniéndose en lo peor y esperando lo malo para que viniese lo bueno, le sembraban de espigas el lecho, desvelándole apenas cerraba los ojos. Cuando su mujer volvió del teatro, Villaamil habló con ella algunas palabras extraordinariamente desconsoladoras. Ello fué algo referente á la dificultad de allegar provisiones para el día siguiente, pues no había en la casa ninguna especie de moneda ni tampoco materia hipotecable; el crédito estaba agotado, y apuradas también la generosidad y paciencia de los amigos.

Aunque afectaba serenidad y esperanza, doña Pura estaba muy intranquila, y también

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV.
"ALFONSO R. VED."
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO